*Reflexiones sobre la discriminación y las mujeres**

Armando Martínez de la Rosa

Cuando fui invitado a esta presentación y vi, en consecuencia, el video, me pregunté qué podía encontrar. Lo que hallé no está en la cinta, sino fuera de ella, en el trabajo que resume y expone. Esto fue lo que escribí.

¿Cuál es la finalidad práctica de las muchas discriminaciones en las sociedades humanas? ¿A qué interés colectivo responden? Quizá haya que, para responderse, preguntar de nuevo: ¿a quién se discrimina? Se discrimina a quien representa un riesgo para el orden de que se ha dotado el clan, la tribu, la comunidad, la ciudad, la nación, la globalidad, el imperio.

El miedo colectivo a la invasión orilla a repudiar al extranjero, a tolerarlo acaso en el límite del territorio que se domina, en el peor de los casos, a aniquilarlo. La religión impulsa el miedo, lo fomenta, es su contribución a la preservación del orden social en que su poder se fundamenta; su quebranto desata las iras divinas, lo mismo la de Zeus que las del Dios Padre de la cristiandad o las terribles venganzas de Huitzilopochtli. Las furias divinas tienen sus ejecutores terrenales, siempre sacerdotes supremos, poderosos obispos, inquisitoriales papas.

Se teme a lo diverso, a lo diferente, porque se le desconoce o se le malconoce: la segregación racial no es asunto nuevo. En su libro *Hábitat, economía y sociedad*, C. Daryll Forde, abunda en ejemplos. Citaré sólo uno referido a cierta comunidad mediterránea:

> Los hombres acomodados, particularmente los hombres de más edad de cada linaje, y sobre todo los jefes, tienen esclavos en los que es evidente el mestizaje con sangre negra. Estos esclavos, aunque viven con sus amos, forman una grupo social separado y está absolutamente prohibido su matrimonio con *badawins* puros, y las pocas veces que esta ley es quebrantada los culpables y sus hijos son condenados a muerte.

Entre esos mismos *badawins*, rechazar una cortesía "ennegrece el rostro", es decir, destruye reputación, riqueza y generosidad.

Discriminar puede llegar a formas grotescas: cuando el futbol apenas comenzaba en Brasil, era deporte reservado a los blancos. Los negros que quisiesen jugarlo habían de pintarse el rostro con polvo de arroz. Sólo así pudo jugar en la selección nacional un antecesor de Pelé, a quien precisamente se sobrenombró polvo de arroz.

Ser indio en México es un estigma. Nuestro lenguaje es pródigo en ofensas: "no seas indio", "no tiene la culpa el indio sino el que lo hace compadre", "ahí viene la indiada", y para que se vea que ser indio trasciende la condición racial hasta convertirse en atributo concomitante a la estupidez, ocasionalmente se dice: "también hay indios güeros".

En su esplendente novela, *El nombre de la rosa*, Umberto Eco hace decir a su protagonista, Guillermo de Baskerville, un sabio del medievo, en una discusión teológica acerca de quienes forman el pueblo de Dios, lo siguiente:

> Por pueblo, dijo, hubiese sido conveniente entender la universalidad de los ciudadanos, pero como entre éstos también hay que considerar a los niños, los idiotas, los maleantes y las mujeres, quizá podía llegarse de una manera razonable a una definición de pueblo como la parte mejor de los ciudadanos...

Ese tipo de conceptos parece apenas natural en una religión cuyo texto sacro clasifica a la mujer como una subespecie del varón, agente de la serpiente-demonio y culpable, por añadidura, de nuestro pecado original y de trocar, por su imprudencia, el paraíso por el agobiante orden de la vida presente. En el mundo arrogante de los aztecas —tan elogiados por nuestra muchas veces ridícula y cursi reseña escolar de la historia nacional—, la diferenciación entre varón y mujer era tajante. El historiador francés Jacques Soustelle refiere en su libro *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, que si el recién nacido era varón la partera rezaba en este tono:

> Hijo mío muy amado, sábete y entiende que no es aquí tu casa donde has nacido, porque eres soldado y criado [...], tu oficio es dar de beber al sol con sangre de los enemigos, y dar de comer a la tierra, que se llama Tlaltecuhtli, con los cuerpos de tus enemigos.

Si fuese niña, el rezo cambiaba así:

> Habéis de estar dentro de casa como el corazón dentro del cuerpo... Habéis de ser la ceniza con que se cubre el fuego del hogar.

Quinientos años después permanece en nuestras prácticas sociales un discurso similar en versión de cultura europea: la epístola de Melchor Ocampo es ejemplo de ello, o bien, aquél decimonónico verso de Gutiérrez Nájera: "Tú como paloma para el nido. / Yo como león para el combate".

Si entre los aztecas la reclusión femenina resultó socialmente útil, no lo fue —al menos al momento de la invasión española— la preparación de los varones guerreros. La derrota fue avasallante. La historia de la civilización es, en buena porción, la historia de las subordinaciones y las insubordinaciones, de los cánones y las herejías, de los sistemas y sus disidencias. Es igualmente la voluntad infatigable de las muchas minorías para sacudirse el dominio de las pocas mayorías. El orden, por lo general, lo establece el varón rico y poderoso, el jefe del clan, la tribu, el capital. En la historia de las civilizaciones, los periodos de gobierno matriarcal han sido breves y su registro nebuloso. En nuestro tiempo, la raíz del dominio ideológico actual se localiza en los *wasp*, siglas inglesas que corresponden, en español, a blanco, anglosajón y protestante: el vasallaje prototípico estadounidense, el antecedente de la globalidad, que nombrada en palabra más precisa significa imperialismo. Occidente hoy ya no es Europa sino Estados Unidos; universalidad ya no es el gusto de París, sino Nueva York y, con mayor profundidad, Hollywood.

Esa civilización se ha construido sobre la explotación del trabajo y la marginación y discriminación de los pobres, de los negros, de los indios, los asiáticos, los niños, las mujeres, los ancianos. Lo mismo el despotismo asiático y azteca que la crueldad africana o la intolerancia europea y el poder masacrador insaciable de la sociedad estadounidense, lo mismo el judeocristianismo que la democracia renga de Atenas, todos esos sistemas de organización social han fundado su cultura en el abuso contra los débiles, los pobres, los ignorantes, y entre ellos las mujeres han sido víctimas sobresalientes.

Nuestra civilización, y muy especialmente la autodenominada occidental y universal de los dos siglos recientes, se ha fincado en la ambición de su economía, en la sed de ganancia de un capitalismo insaciable. Sí, ahí se ha sustentado, pero también y sobre todo en la cultura del miedo. Es el miedo, decíamos arriba, la génesis de la injusticia. En su libro *Historia universal del hombre,* con meridiana lucidez, Erich Kahler nos confirma:

> El hombre se encuentra irremediablemente ensartado en una red de relaciones universales y reacciones recíprocas que ni comprende ni controla. Está continuamente atormentado y agitado por el miedo. Su respuesta a los implacables efectos de esa maraña fantasmal universal se traduce en una bárbara y descarriada reacción: personaliza, demoniza las fuerzas objetivas, hace las razas, clases y personas responsables de sus sufrimientos y las persigue con ciega furia.

Víctimas de esa "ciega furia" suelen ser con frecuencia las mujeres y los niños. Las manifestaciones de la putrefacción de esta civilización nuestra significan, en la intimidad de los hogares, amenazas, coacciones, golpes y, a veces, el asesinato.

Unas mejores y armoniosas relaciones entre mujeres y varones —relaciones de igualdad social en su diversidad y complementariedad biológica— han de alcanzar plenitud cuando las generaciones próximas organicen una nueva sociedad, una nueva civilización, esto es, una revolución.

Ya desde los primeros años de la segunda década del siglo pasado, el aún jefe del ejército rojo, el viejo Trotski, reciente el triunfo de la revolución bolchevique, escribía:

> Lograr una verdadera igualdad entre hombres y mujeres en el seno de la familia es un problema infinitamente más arduo. Antes de que ello suceda deben subvertirse todas nuestras costumbres domésticas. Y aún es bastante obvio que, a menos que en una familia exista una verdadera igualdad entre marido y mujer, y en ello un sentido general, así como en lo referente a las condiciones de vida, no podremos hablar seriamente de igualdad en el trabajo social ni quizá en la política. Hasta en tanto la mujer esté atada a los trabajos de la casa, el cuidado de la familia, la cocina y la costura, permanecerán cerradas totalmente sus posibilidades de participación en la vida política y social.

Sé que para oídos tecnocráticos, neoliberales y globalizadores estas ideas suenan a muro de Berlín. Pero son ciertas, asombrosamente vigentes. Lo serán mientras subsistan explotación, discriminación y abuso. Mientras la globalidad siga educando a los varones para golpear y vio-

lar en el pequeño dominio de su hogar, a cambio de permitir, doblada la cabeza y la mirada al piso, su propia explotación y degradación en el trabajo asalariado o en el inframundo del subempleo. Mientras nosotros todos sigamos sin adquirir, para decirlo con palabras de Borges, el gusto por las "variedades del yo" y en tanto persistamos en poner en duda "la verdad democrática de que el otro es un yo también y de que yo para él soy otro y quizá un ojalá no fuera".

Cuando los historiadores del futuro —soñemos otro poco—, estudiosos de las civilizaciones antiguas, escarben tal vez en la historia de las relaciones sociales en Colima a finales del siglo XX, con un poco de suerte encontrarán que ya desde entonces, desde mediados de los años ochenta, pese a la degradación social imperante y la reticencia de almas montaraces, había mujeres y varones de espíritu preclaro, que procuraban el advenimiento de las nuevas relaciones de familia y la humanización de las personas. Incluso, dirán, fundaron y sostuvieron por décadas un Centro de Apoyo a la Mujer.

Hoy, entre nosotros, agregarán esos antropólogos del siglo XXI, una institución como ésa sería absurda, pero en aquellos tiempos resultaba indispensable.

Aunque a nosotros nos parezca hoy ociosa su necesidad —justificarán los científicos del siglo entrante—, ellas y ellos encontraban en la defensa de mujeres y niños víctimas de la abominable violencia intrafamiliar y en la impostergable tarea de rescatar la dignidad femenina, su razón de existir. ♦

* Texto leído en la presentación del video *Razones para existir*, del Centro de Apoyo a la Mujer "Griselda Álvarez", A. C., de Colima.

